

Hoy viuda y sola
 Y ayer por casar,
 Viendo que sus ojos
 Á la guerra van,
 Á su madre dice
 Que escucha su mal:

Dexadme llorar

Orillas del mar.

Pues me distes, madre,
 En tan tierna edad
 Tan corto el placer,
 Tan largo el penar,
 Y me cautivastes
 De quien hoy se va
 Y lleva las llaves
 De mi libertad,

Dexadme llorar

Orillas del mar.

En llorar conviertan
 Mis ojos de hoy más
 El sabroso oficio
 Del dulce mirar,
 Pues que no se pueden
 Mejor ocupar
 Yéndose á la guerra
 Quien era mi paz.

Dexadme llorar

Orillas del mar.

No me pongais freno
 Ni querais culpar;
 Que lo uno es justo,
 Lo otro por demás.
 Si me quereis bien

No me hagais mal;

Harto peor fué

Morir y callar.

Dexadme llorar

Orillas del mar.

Dulce madre mía,

¿Quién no llorará,

Aunque tenga el pecho

Como un pedernal,

Y no dará voces

Viendo marchitar

Los más verdes años

De mi mocedad?

Dexadme llorar

Orillas del mar.

Váyanse las noches,

Pues ido se han

Los ojos que hacían

Los míos velar;

Váyanse, y no vean

Tanta soledad

Después que en mi lecho

Sobra la mitad.

Dexadme llorar

Orillas del mar.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

53.

El Sueño

¿CON qué culpa tan grave,
 Sueño blando y suave,

Pude en largo destierro merecerte
 Que se aparte de mí tu olvido manso ?
 Pues no te busco yo por ser descanso,
 Sino por muda imagen de la muerte.
 Cuidados veladores
 Hacen inobedientes mis dos ojos
 Á la ley de las horas :
 No han podido vencer á mis dolores
 Las noches, ni dar paz á mis enojos.
 Madrugan más en mí que en las auroras
 Lágrimas á este llano ;
 Que amanece á mi mal siempre temprano ;
 Y tanto, que persuade la tristeza
 Á mis dos ojos, que nacieron antes
 Para llorar que para ver. Tú, sueño,
 De sosiego los tienes ignorantes,
 De tal manera, que al morir el día
 Con luz enferma ví que permitía
 El sol que le mirasen en Poniente.

Con piés torpes al punto, ciega y fría,
 Cayó de las estrellas blandamente
 La noche, tras las pardas sombras mudas,
 Que el sueño persuadieron á la gente.
 Escondieron las galas á los prados
 Y quedaron desnudas
 Estas laderas y sus peñas solas :
 Duermen ya entre sus montes recostados
 Los mares y las olas.
 Si con algún acento
 Ofenden las orejas,
 Es que entre sueños dan al cielo quejas
 Del yerto lecho y duro acogimiento,
 Que blandos hallan en los cerros duros.

Los arroyuelos puros
 Se adormecen al són del llanto mío,
 Y á su modo también se duerme el río.

Con sosiego agradable
 Se dejan poseer de tí las flores ;
 Mudos están los males,
 No hay cuidado que hable,
 Faltan lenguas y voz á los dolores,
 Y en todos los mortales
 Yace la vida envuelta en alto olvido.
 Tan sólo mi gemido
 Pierde el respeto á tu silencio santo :
 Yo tu quietud molesto con mi llanto,
 Y te desacredito
 El nombre de callado, con mi grito.
 Dáme, cortés mancebo, algún reposo :
 No seas digno del nombre de avariento
 En el más desdichado y firme amante
 Que lo merece ser por dueño hermoso.
 Débate alguna pausa mi tormento,
 Gózante en las cabañas
 Y debajo del cielo
 Los ásperos villanos ;
 Hállate en el rigor de los pantanos
 Y encuéntrate en las nieves y en el hielo
 El soldado valiente,
 Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente,
 Entre mi pensamiento y mi deseo.
 Ya, pues, con dolor creo
 Que eres más riguroso que la tierra,
 Más duro que la roca,
 Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,
 Y en ella mi alma por jamás te toca.

Mira que es gran rigor: dame siquiera
 Lo que de tí desprecia tanto avaro,
 Por el oro en que alegre considera,
 Hasta que da la vuelta el tiempo claro;
 Lo que había de dormir en blando lecho
 Y da el enamorado á su señora,
 Y á tí se te debía de derecho.
 Dame lo que desprecia de tí agora
 Por robar el ladrón; lo que desecha
 El que invidiosos celos tuvo y llora.
 Quede en parte mi queja satisfecha,
 Tócame con el cuento de tu vara:
 Oirán siquiera el ruido de tus plumas
 Mis desventuras sumas;
 Que yo no quiero verte cara á cara,
 Ni que hagas más caso
 De mí, que hasta pasar por mí de paso;
 Ó que á tu sombra negra por lo menos,
 Si fueres á otra parte peregrino,
 Se le haga camino
 Por estos ojos de sosiego ajenos.
 Quitame, blando sueño, este desvelo,
 Ó de él alguna parte,
 Y te prometo, mientras viere el cielo,
 De desvelarme sólo en celebrarte.

54.

Epístola satírica y censoria

*contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita
 al Conde-Duque de Olivares.*

NO he de callar, por más que con el dedo,
 Ya tocando la boca, ó ya la frente,
 Silencio avises ó amenazas miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
 ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
 ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
 Hoy sin miedo que libre escandalice
 Puede hablar el ingenio, asegurado
 De que mayor poder le atemorice.
 En otros siglos pudo ser pecado
 Severo estudio y la verdad desnuda,
 Y romper el silencio el bien hablado.
 Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
 Que es lengua la verdad de Dios severo
 Y la lengua de Dios nunca fué muda.
 Son la verdad y Dios, Dios verdadero:
 Ni eternidad divina los separa,
 Ni de los dos alguno fué primero.
 Si Dios á la verdad se adelantara,
 Siendo verdad, implicación hubiera
 En ser y en que verdad de ser dejara.
 La justicia de Dios es verdadera,
 Y la misericordia, y todo cuanto
 Es Dios todo ha de ser verdad entera.
 Señor Excelentísimo, mi llanto
 Ya no consiente márgenes ni orillas:
 Inundación será la de mi canto.
 Ya sumergirse miro mis mejillas,
 La vista por dos urnas derramada
 Sobre las aras de las dos Castillas.
 Yace aquella virtud desaliñada
 Que fué, si rica menos, más temida,
 En vanidad y en sueño sepultada.
 Y aquella libertad esclarecida
 Que en donde supo hallar honrada muerte
 Nunca quiso tener más larga vida.

Y pródiga del alma, nación fuerte
 Contaba por afrentas de los años
 Envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
 Del paso de las horas y del día
 Reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,
 Sino de qué manera: ni aun un hora
 Lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,
 Y sola dominaba al pueblo rudo;
 Edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo
 Al corazón, que, en ella confiado,
 Todas las armas despreció desnudo.

Multiplicó en escuadras un soldado
 Su honor precioso, su ánimo valiente,
 De sola honesta obligación armado.

Y debajo del cielo aquella gente,
 Si no á más descansado, á más honroso
 Sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo
 La mortaja primero que el vestido;
 Menos le vió galán que peligroso.

Acompañaba el lado del marido;
 Más veces en la hueste que en la cama;
 Sano le aventuró, vengóle herido.

Todas matronas y ninguna dama,
 Que nombres del halago cortesano
 No admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Océano
 Era divorcio de las rubias minas
 Que usurparon la paz del pecho humano.

Ni los trujo costumbres peregrinas
 El áspero dinero, ni el Oriente
 Compró la honestidad con piedras finas.

Joya fué la virtud pura y ardiente;
 Gala el merecimiento y abanza;
 Sólo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza,
 Ni el cántabro con cajas y tinteros
 Hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España con legítimos dineros,
 No mendigando el crédito á Liguria,
 Más quiso los turbantes que los cerros.

Ménos fuera la pérdida y la injuria
 Si se volvieran Muzas los asientos,
 Que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos,
 Y espiraba decrepito el venado:
 Grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre entónces, bien disciplinado,
 Buscó satisfacción y no hartura,
 Y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzón de aquella pura
 República de grandes hombres, era
 Una vaca sustento y armadura.

No había venido al gusto lisonjera
 La pimienta arrugada, ni del clavo
 La adulación fragante forastera.

Carnero y vaca fué principio y cabo,
 Y con rojos pimientos y ajos duros
 Tan bien comió el señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros:
 Despues mostraron del carchesio á Baco
 El camino los brándis mal seguros.

El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un español veloso
Llamar á los tudescos bacchanales,
Y al holandés hereje y alevoso.

Pudo acusar los celos desiguales
Á la Italia; pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos,
Todos blasonan, nadie los imita,
Y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso que vomita
La ballena ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor, nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazañas mal vestidas,
Y aún no se hartaba de buriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.

Á la seda pomposa siciliana,
Que manchó ardiente múrice, el romano
Y el oro hicieron áspera y tirana.

Nunca al duro español supo el gusano
Persuadir que vistiese su mortaja,
Intercediendo el Can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entónces fué el trabajo ejecutoria,
Y el vicio graduó la gente baja.

Pretende el alentado jóven gloria
Por dejar la yacada sin marido,
Y de Céres ofende la memoria.

Un animal á la labor nacido
Y símbolo celoso á los mortales,
Que á Jove fué disfraz y fué vestido;

Que un tiempo endureció manos reales,
Y detrás de él los cónsules gimieron,
Y rumia luz en campos celestiales,

¿Por cuál enemistad se persuadieron
Á que su apocamiento fuese hazaña,
Y á las mieses tan grande ofensa hicieron?

¿Qué cosa es ver un infanzón de España
Abreviado en la silla á la gineta,
Y gastar un caballo en una caña?

Que la niñez al gallo le acometa
Con semejante munición apruebo;
Mas no la edad madura y la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones, no en la frente
Del útil bruto la asta del acebo.

El trompeta le llame diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al son esté el ejército obediente.

¿Con cuánta majestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro,
Del que se atreve á ser buen castellano!

Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona, sin decoro,
Más quiere nota dar que dar asombro.

Gineta y cañas son contagio moro;
Restituyanse justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos á trofeos;
Que sólo grande rey y buen privado
Pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que haceis repetir siglo pasado
 Con desembarazarnos las personas
 Y sacar á los miembros de cuidado,
 Vos disteis libertad con las valonas,
 Para que sean corteses las cabezas,
 Desnudando el enfado á las coronas;
 Y, pues vos enmendastes las cortezas,
 Dad á la mejor parte medicina;
 Vuélvanse los tablados fortalezas:
 Qué la cortés estrella que os inclina,
 Á privar sin intento y sin venganza,
 Milagro que á la invidia desatina,
 Tiene por sola bienaventuranza
 El reconocimiento temeroso,
 No presumida y ciega confianza.
 Y si os dió el ascendiente generoso,
 Escudos, de armas y blasones llenos,
 Y por timbre el martirio glorioso,
 Mejores sean por vos los que eran buenos
 Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
 Os muestre á su pesar campos serenos.
 Lograd, señor, edad tan venturosa;
 Y cuando nuestras fuerzas examina
 Persecución unida y belicosa,
 La militar valiente disciplina
 Tenga más platicantes que la plaza:
 Descansen tela falsa y tela fina.
 Suceda á la marlota la coraza,
 Y si el Corpus con danzas no los pide,
 Velillos y oropel no hagan bazar.
 El que en treinta lacayos los divide,
 Hace suerte en el toro y con un dedo
 La hace en él la vara que los mide.

Mandadlo así, que aseguraros puedo
 Que habeis de restaurar más que Pelayo,
 Pues valdrá por ejércitos el miedo.
 Y os verá el cielo administrar su rayo.

55.

Memoria inmortal

de don Pedro Girón, Duque de Osuna, muerto en la prisión

FALTAR pudo su patria al grande Osuna,
 Pero no á su defensa sus hazañas;
 Diéronle muerte y cárcel las Españas,
 De quien él hizo esclava la fortuna.
 Lloraron sus invidias una á una
 Con las propias naciones las extrañas;
 Su tumba son de Flándes las campañas,
 Y su epitafio la sangrienta luna.
 En sus exequias encendió al Vesubio
 Parténope, y Trinacria el Mongibelo;
 El llanto militar creció en diluvio.
 Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
 La Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio
 Murmuran con dolor su desconsuelo.

56.

YA formidable y espantoso suena
 Dentro del corazón el postrer día,
 Y la última hora, negra y fría,
 Se acerca, de temor y sombras llena.
 Si agradable descanso, paz serena,
 La muerte en traje de dolor envía,
 Señas da su desdén de cortesía:
 Más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado
De la que á rescatar piadosa viene
Espíritu en miserias añudado?
Llegue rogada, pues mi bien previene;
Hálleme agradecido, no asustado;
Mi vida acabe y mi vivir ordene.

57.

MIRÉ los muros de la patria mía,
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
Por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo, ví que el sol bebía
Los arroyos del hielo desatados;
Y del monte quejosos los ganados,
Que con sombras hurtó su luz al día.
Entré en mi casa; ví que amancillada
De anciana habitación era despojos;
Mi báculo más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
Y no hallé cosa en que poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte.

58.

Letrilla satírica

PODEROSO caballero
Es don Dinero.
Madre, yo al oro me humillo:
Él es mi amante y mi amado,
Pues de puro enamorado,
De continuo anda amarillo;
Que pues, doblón ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero,

Poderoso caballero
Es don Dinero.
Nace en las Indias honrado,
Donde el mundo le acompaña;
Viene á morir en España
Y es en Génova enterrado.
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso, aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Es galán y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro;
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Son sus padres principales
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de Oriente
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Mas ¿á quién no maravilla
Ver en su gloria sin tasa
Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al baxo silla
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero

Es don Dinero.
 Sus escudos de armas nobles
 Son siempre tan principales,
 Que sin sus escudos reales
 No hay escudos de armas dobles;
 Y pues á los mismos robles
 Dá codicia su minero,
 Poderoso caballero
 Es don Dinero.

Por importar en los tratos
 Y dar tan buenos consejos,
 En las casas de los viejos
 Gatos le guardan de gatos.
 Y pues él rompe recatos
 Y ablanda al juez más severo,
 Poderoso caballero
 Es don Dinero.

Y es tanta su majestad
 (Aunque son sus duelos hartos)
 Que con haberle hecho cuartos
 No pierde su autoridad;
 Pero pues da calidad
 Al noble y al pordiosero,
 Poderoso caballero
 Es don Dinero.

Nunca ví damas ingratas
 Á su gusto y afición,
 Que á las caras de un doblón
 Hacen sus caras baratas.
 Y pues las hace bravatas
 Desde una bolsa de cuero,
 Poderoso caballero
 Es don Dinero.

Más valen en cualquier tierra,
 Mirad si es harto sagaz,
 Sus escudos en la paz
 Que rodela en la guerra.
 Y pues al pobre le entierra
 Y hace propio al forastero,
 Poderoso caballero
 Es don Dinero.

D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

59. *Oda sáfica*

DULCE vecino de la verde selva,
 Huésped eterno del abril florido,
 Vital aliento de la madre Vénus,
 Céfiro blando;

Si de mis ansias el amor supiste,
 Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
 Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
 Dile que muero.

Filís un tiempo mi dolor sabía;
 Filís un tiempo mi dolor lloraba;
 Quiso me un tiempo, mas agora temo,
 Temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,
 Así los cielos con amor benigno,
 Nieguen al tiempo que feliz volares
 Nieve á la tierra.

Jamás el peso de la nube parda
 Cuando amanece en la elevada cumbre,
 Toque tus hombros ni su mal granizo.
 Hiera tus alas.

60.

ESTAS que fueron pompa y alegría
 Despertando al albor de la mañana,
 A la tarde serán lástima vana
 Durmiendo en brazos de la noche fría.
 Este matiz que al cielo desafia,
 Iris listado de oro, nieve y grana,
 Será escarmiento de la vida humana:
 ¡ Tanto se emprende en término de un día!
 A florecer las rosas madrugaron,
 Y para envejecerse florecieron:
 Cuna y sepulcro en un botón hallaron.
 Tales los hombres sus fortunas vieron:
 En un día nacieron y espiraron;
 Que pasados los siglos, horas fueron.

DON ANTONIO MIRA DE MESCUA

61.

Canción

UFANO, alegre, altivo, enamorado,
 Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
 Se sentó en los pimpollos de una haya,
 Y con su pico de marfil nevado
 De su pechuelo blanco y amarillo
 La pluma concertó pajiza y baya;
 Y celoso se ensaya
 A discantar en alto contrapunto
 Sus celos y amor junto,
 Y al ramillo, y al prado y á las flores
 Libre y ufano cuenta sus amores.
 Mas ¡ ay! que en este estado

El cazador cruel, de astucia armado,
 Escondido le acecha,
 Y al tierno corazón aguda flecha
 Tira con mano esquivo
 Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
 ¡ Ay, vida mal lograda,
 Retrato de mi suerte desdichada!
 De la custodia del amor materno
 El corderillo juguétón se aleja,
 Enamorado de la yerba y flores,
 Y por la libertad del pasto tierno
 El cándido licor olvida y deja
 Por quien hizo á su madre mil amores:
 Sin conocer temores,
 De la florida primavera bella
 El vario manto huella
 Con retozos y brincos licenciosos,
 Y pace tallos tiernos y sabrosos.
 Mas ¡ ay! que en un otero
 Dió en la boca de un lobo carnicero,
 Que en partes diferentes
 Lo dividió con sus voraces dientes,
 Y á convertirse vino
 En purpúreo el dorado vellocino.
 ¡ Oh inocencia ofendida,
 Breve bien, caro pasto, corta vida!
 Rica con sus penachos y copetes,
 Ufana y loca, con ligero vuelo
 Se remonta la garza á las estrellas,
 Y, puliendo sus negros martinetes,
 Procura ser allá cerca del cielo
 La reina sola de las aves bellas:
 Y por ser ella de ellas

La que más altanera se remonta,
 Ya se encubre y trasmonta
 Á los ojos del lince más atentos
 Y se contempla reina de los vientos.
 Mas ¡ay! que en la alta nube
 El águila la vió y al cielo sube,
 Donde con picó y garra
 El pecho candidísimo desgarró
 Del bello airón que quiso
 Volar tan alto con tan corto aviso.
 ¡Ay, pájaro altanero,
 Retrato de mi suerte verdadero!
 Al son de las belisónas trompetas
 Y al retumbar del sonoro parche,
 Formó escuadrón el capitán gallardo;
 Con relinchos, bufidos y corvetas
 Pidió el caballo que la gente marche
 Trocando en paso presuroso el tardo:
 Sonó el clarín bastardo
 La esperada señal de arremetida,
 Y en batalla rompida,
 Teniendo cierta de vencer la gloria,
 Oyó á su gente que cantó victoria.
 Mas ¡ay! que el desconcierto
 Del capitán bisoño y poco experto,
 Por no observar el orden
 Causó en su gente general desorden,
 Y, la ocasión perdida,
 El vencedor perdió victoria y vida.
 ¡Ay, fortuna voltaria,
 En mis prósperos fines siempre varia!
 Al cristalino y mudo lisonjero
 La bella dama en su beldad se gozay

Contemplándose Venus en la tierra,
 Y al más rebelde corazón de acero
 Con su vista enternece y alborozó,
 Y es de las libertades dulce guerra:
 El desamor destierra
 De donde pone sus divinos ojos,
 Y de ellos son despojos
 Los purísimos castos de Diana,
 Y en su belleza se contempla ufana.
 Mas ¡ay! que un accidente,
 Apenas puso el pulso intercadente,
 Cuando cubrió de manchas,
 Cárdenas ronchas y viruelas anchas
 El bello rostro hermoso
 Y lo trocó en horrible y asqueroso.
 ¡Ay, beldad malograda,
 Muerta luz, turbio sol y flor pisada!
 Sobre frágiles leños, que con alas
 De lienzo débil de la mar son carros,
 El mercader surcó sus claras olas:
 Llegó á la India, y, rico de bengalás,
 Perlas, aromas, nácares bizarros,
 Volvió á ver las riberas españolas.
 Tremoló banderolas,
 Flámulas, estandartes, gallardetes:
 Dió premio á los grumetes
 Por haber descubierto
 De la querida patria el dulce puerto.
 Mas ¡ay! que estaba ignoto
 Á la experiencia y ciencia del piloto
 En la barra un peñasco,
 Donde, tocando de la nave el casco,
 Dió á fondo, hechos mil piezas,

Mercader, esperanzas y riquezas,
; Pobre bajél, figura
Del que anegó mi próspera ventura!

Mi pensamiento con ligero vuelo
Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, señora, hasta tu cielo,
Y contrastando tu desdén airado,
Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma,
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda ropa.
Mas ¡ay! que mi contento
Fué el pajarillo y corderillo exento,
Fué la garza altanera,
Fué el capitán que la victoria espera,
Fué la Vénus del mundo,
Fué la nave del piélago profundo;
Pues por diversos modos
Todos los males padecí de todos.

Canción, vé á la colona
Que sustentó mi próspera fortuna,
Y verás que si entónces
Te pareció de mármoles y bronces,
Hoy es muger; y en suma
Tuve bien, fácil viento, leve espuma.

62. *Fiesta de toros en Madrid*

MADRID, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenón de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar
Por si la puede ablandar
El corazón de diamante.

Pasó, vencida á sus ruegos,
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas,
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de léjos muchas de ellas:
Las más apuestas doncellas
Que España entonces tenía.

Aja de Jetafe vino,
Y Zahara lá de Alcorcón,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicél de Alcabón.

Jarifa de Almonacid,

Que de la Alcarria en que habita
 Llevó á asombrar á Madrid
 Su amante Audalla, adalid
 Del castillo de Zorita.
 De Adamud y la famosa
 Meco llegaron allí
 Dos, cada cual más hermosa,
 Y Fátima la preciosa,
 Hija de Ali el alcadi.
 El ancho circo se llena
 De multitud clamorosa,
 Que atiende á ver en la arena
 La sangrienta lid dudosa,
 Y todo en torno resuena.
 La bella Zaida ocupó
 Sus dorados miradores
 Que el arte afiligranó,
 Y con espejos y flores
 Y damascos adornó.
 Añfiles y atabales,
 Con militar armonía,
 Hicieron salva, y señales
 De mostrar su valentía
 Los moros más principales.
 No en las vegas de Jarama
 Pacieron la verde grama
 Nunca animales tan fieros,
 Junto al puente que se llanta,
 Por sus peces, de Viveros,
 Como los que el vulgo vió
 Ser lidiados aquel día;
 Y en la fiesta que gozó,
 La popular alegría

Muchas heridas costó.
 Salió un toro del toril
 Y á Tarfe tiró por tierra,
 Y luego á Benalguacil;
 Despues con Hamete cierra
 El temerón de Conil.
 Traía un ancho listón
 Con uno y otro matiz
 Hecho un lazo por airón,
 Sobre la inhiesta cerviz
 Clavado con un arpón.
 Todo galán pretendía
 Ofrecerle vencedor
 Á la dama que servía:
 Por eso perdió Almanzor
 El potro que más quería.
 El alcaide muy zámbrero
 De Guadalajara, huyó
 Mal herido al golpe fiero,
 Y desde un caballo overo
 El moro de Horeché cayó.
 Todos miran á Aliatar,
 Que, aunque tres toros ha muerto,
 No se quiere aventurar,
 Porque en lance tan incierto
 El caudillo no ha de entrar.
 Mas viendo se culpavía,
 Va á ponerse delante:
 La fiera le acometía,
 Y sin que el rejón la plante
 Le mató una yegua pia.
 Otra monta acelerado:
 Le embiste el toro de un vuelo

Cogiéndole entablado ;
 Rodó el bonete encarnado ;
 Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
 Á los de á pié que encontrara,
 El circo desocupando,
 Y emplazándose, se para,
 Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir ;
 La plebe grita indignada,
 Las damas se quieren ir,
 Porque la fiesta empezada
 No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
 Y está en medio el toro fijo,
 Cuando un portero que llega
 De la puerta de la Vega,
 Hincó la rodilla, y dijo :

Sobre un caballo alazano,
 Cubierto de galas y oro,
 Demanda licencia urbano
 Para alancear á un toro
 Un caballero cristiano.

Mucho le pesa á Aliatar ;
 Pero Zaida dió respuesta
 Diciendo que puede entrar,
 Porque en tan solemne fiesta
 Nada se debe negar.

Suspense el concurso entero
 Entre dudas se embaraza,
 Cuando en un potro ligero
 Vieron entrar en la plaza
 Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
 Belfo labio, juveniles
 Alientos, inquieto ardor,
 En el florido verdor
 De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
 Por donde el almete sube,
 Cual mirarse tal vez deja
 Del sol la ardiente madeja
 Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
 De una cristiana primores ;
 En el yelmo los plumajes
 Por los visos y celajes
 Vergel de diversas flores,

En la cuja gruesa lanza,
 Con recamado pendón,
 Y una cifra á ver se alcanza,
 Que es de desesperación,
 Ó á lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
 Ancho escudo reverbera
 Con blasones de Castilla,
 Y el mote dice á la orilla :

Nunca mi espada venciera.
 Era el caballo galán,
 El bruto más generoso,
 De más gallardo ademán :

Cabos negros, y brioso,
 Muy tostado, y alazán
 Larga cola recogida
 En las piernas descarnadas,
 Cabeza pequeña, erguida,

Las narices dilatadas,
 Vista feroz y encendida,
 Nunca en el ancho rodeo
 Que da Bétis con tal fruto
 Pudo fingir el deseo
 Más bella estampa de bruto,
 Ni más hermoso paseo.
 Dió la vuelta al rededor;
 Los ojos que le veían
 Lleva prendados de amor:
 ¡Alah te salve! decían,
 ¡Déte el Profeta favor!
 Causaba lástima y grima
 Su tierna edad floreciente:
 Todos quieren que se exima
 Del riesgo, y él solamente
 Ni recela ni se estima.
 Las doncellas, al pasar,
 Hacen de ámbar y alcanfor
 Pebeteros exhalar,
 Vertiendo pomos de olor,
 De jazmines y azáhar.
 Mas cuando en medio se para,
 Y de más cerca le mira
 La cristiana esclava Aldara,
 Con su señora se encara,
 Y así la dice, y suspira:
 Señora, sueños no son;
 Así los cielos, vencidos
 De mi ruego y aflicción,
 Acerquen á mis oídos
 Las campanas de León,
 Como ese doncél, que ufano

Tanto asombro viene á dar
 Á todo el pueblo africano,
 Es Rodrigo de Vivar,
 El soberbio castellano.
 Sin descubrirle quién es,
 La Zaida desde una almena
 Le habló una noche cortés,
 Por donde se abrió despues
 El cubo de la Almudena.
 Y supo que, fugitivo
 De la córte de Fernando,
 El cristiano, apenas vivo,
 Está á Jimena adorando
 Y en su memoria cautivo.
 Tal vez á Madrid se acerca
 Con frecuentes correrías
 Y todo en torno la cerca;
 Observa sus saetas,
 Arroyadas y ancha alberca.
 Por eso le ha conocido;
 Que en medio de aclamaciones,
 En caballo ha detenido
 Delante de sus balcones,
 Y la saluda rendido.
 La mora se puso en pié
 Y sus doncellas detrás:
 El alcaide que lo ve,
 Enfurecido además,
 Muestra cuán celoso esté.
 Suena un rumor placentero
 Entre el vulgò de Madrid:
 No habrá mejor caballero,
 Dicen, en el mundo entero;

Y algunos le llaman Cid.
 Crece la algazara, y él,
 Torciendo las riendas de oro,
 Marcha al combate eriel:
 Alza el galope, y al toro
 Busca en sonoro tropel.
 El bruto se le ha encarado.
 Desde que le vió llegar,
 De tanta gala asombrado,
 Y al rededor le ha observado
 Sin moverse de un lugar.
 Cual flecha se disparó
 Despedida de la cuerda,
 De tal suerte le embistió;
 Detrás de la oreja izquierda
 La aguda lanza le hirió.
 Brama la fiera burlada;
 Segunda vez acomete,
 De espuma y sudor bañada,
 Y segunda vez la mete
 Sutil la punta acerada.
 Pero ya Rodrigo espera
 Con heróico atrevimiento,
 El pueblo mudo y atento:
 Se engalla el toro y altera,
 Y finje acometimiento.
 La arena escarba ofendido,
 Sobre la espalda la arroja
 Con el hueso retorcido;
 El suelo huele y le moja
 En ardiente resoplido.
 La cola inquieto menea,
 La diestra oreja mosquea,

Váse retirando atrás,
 Para que la fuerza sea
 Mayor, y el ímpetu más,
 El que en esta ocasion viera
 De Zaida el rostro alterado,
 Claramente conociera
 Cuanto le cuesta cuidado
 El que tanto riesgo espera.
 Mas ¡ay, que le embiste horrendo
 El animal espantoso!
 Jamás peñasco tremendo
 Del Cáucaso cavernoso
 Se desgaja estrago haciendo,
 Ni llama así fulminante
 Cruza en negra oscuridad
 Con relámpagos delante,
 Al estrépito tronante
 De sonora tempestad,
 Como el bruto se abalanza
 Con terrible ligereza;
 Mas rota con gran pujanza
 La alta nuca, la fiereza
 Y el último aliento lanza.
 La confusa vocería
 Que en tal instante se oyó,
 Fué tanta, que parecía
 Que honda mina reventó,
 Ó el monte y valle se hundía.
 Á caballo como estaba
 Rodrigo, el lazo alcanzó
 Con que el toro se adornaba:
 En su lanza le clavó
 Y á los balcones llegaba,

Y alzándose en los estribos,
 Le alarga á Zaida, diciendo :
 Sultana, aunque bien entiendo
 Ser favores excesivos,
 Mi corto dón admitiendo ;
 Si no os dignáredes ser
 Con él benigna, advertid
 Que á mí me basta saber
 Que no le debo ofrecer
 Á otra persona en Madrid.
 Ella, el rostro plácenro,
 Dijo, y turbada : señor,
 Yo le admito y le venero,
 Por conservar el favor
 De tan gentil caballero.
 Y besando el rico dón,
 Para agradar al doncel,
 Le prende con afición
 Al lado del corazón
 Por brinquiño y por joyela.
 Pero Aliatar el caudillo
 De envidia ardiendo se ve,
 Y, trémulo y amarillo,
 Sobre un tremecén rosillo
 Lozaneándose fué.
 Y en ronca voz : castellano,
 Le dice : con más decoros
 Suelo yo dar de mi mano,
 Si no penachos de toros,
 Las cabezas del cristiano.
 Y si vinieras de guerra
 Cual vienes de fiesta y gala,
 Vieras que en toda la tierra,

Al valor que dentro encierra
 Madrid, ninguno se iguala.
 Así, dijo el de Vivar,
 Respondo ; y la lanza al ristre
 Pone, y espera á Aliatar ;
 Mas sin que nadie administre
 Orden, tocaron á armar.
 Ya fiero bando con gritos
 Su muerte ó prisión pedía,
 Cuando se oyó en los distritos
 Del monte de Leganitos
 Del Cid la trompetería.
 Entre la Monclova y Soto
 Tercio escogido emboscó,
 Que, viendo como tardó,
 Se acerca, oyó el alboroto,
 Y al muro se abalanzó.
 Y si no vieran salir
 Por la puerta á su señor,
 Y Zaida á le despedir,
 Iban la fuerza á embestir :
 Tal era ya su furor.
 El alcaide, recelando
 Que en Madrid tenga partido,
 Se templó disimulando,
 Y por el parque florido
 Salió con él razonando.
 Y es fama que, á la bajada,
 Juró por la cruz el Cid
 De su vencedora espada
 De no quitar la celada
 Hasta que gane á Madrid.